

CAPITULO XII.

Donde muy variadamente concluirá esta leyenda.



Para del crudo invierno una mañana,
pero brillante el sol aparecía,
cual corona magnífica y galana
que todo el orbe de esplendor ceñía;
cada cual su balcón, reja ó ventana
presuroso y de par en par abría,
que á sonar las campanas empezando,
unas con otras iban platicando.

Y á las rejas ventanas y balcones
que las angostas calles guarnecían,
muchas damas y dueñas con mantones
cubiertas mal su grado aparecían;
que detras con mostachos borgoñones
las peinadas cabezas descubrían
muy apuestos y honrados caballeros,
con presillas de plata en los sombreros.

Y las plumas que en ellas sujetaban
al hablar mutuamente se movían,
que el rumor de las calles aumentaban
con las alegres cosas que decían;
las niñas á placer se solazaban,
las madres como á medias se reían,
cruzándose los chistes y las sales,

besamanos, saludos y señales.

En la calle va el público animado;
que allí se ven reir muchas mozuelas
en torno á un viejecito colorado,
que dice sin pudor picardihüelas;
aquí narra sus hechos un soldado
que acaso es un bribon de siete suelas,
y acá y allá tambien se manifiesta
la moza que el galan dulce requësta.

Que era entonces Leon mas que no ahora
rica de gente y pobre en capitales,
pues llevó tras de si la gente mora
lo mejor de la españa en sus caudales;
pero siempre real vió esta señora
libres ser á sus hijos naturales,
que los pobres caminan por su acera,
y el rico á su pesar échase fuera.

Aun suele suceder hoy en el dia
que un haldudo patan á los señores
bajo el roto sombrero en cortesía
de su puesto le niegue los honores,
y abate de sus galas no se ria,
echándole á perder con cuatro flores,
sin que valga apelar á las miradas
con quien solo se entiende á bofetadas.

Yo no se si me rio ú si me quejo,
solo si que en las fiestas meditando
que tan público mal es muy añejo,
su maligna intencion voy evitando;
que yo tambien, lector, en el espejo
suelo estar mi persona sublimando,

por salir á la calle tal cual dia
desde pies á cabeza hecho un usía.

Sin embargo no soy sinó poeta,
y al buscar á este nombre consonante,
nunca puedo pasar de una peseta,
aunque rocas fabrico de diamante;
por eso á dicha tengo y muy completa
hijo ser de este siglo rutilante,
en el cual sin dinero puede un hombre
en letras y armas ilustrar su nombre.

Es verdad que despues de coronado
de rosas ó laurel puede cualquiera
sin ser mas que poeta ó buen soldado
un hospital hallar en donde quiera;
pero libre dará por de contado
que es cierta precision que el hombre muera
y al morir gritará entusiasta y loco
que iguales vamos siendo poco á poco.

No dicen que era asi, cuando furioso
andaba el pobre pueblo levantado
maldiciendo del rey al victorioso
pendon en Villalar enarbolado;
antes bien de Padilla el valeroso
la venerable sombra se habia alzado,
y de noche entre el vulgo se creia
que al frente de sus victimas venia.

Su heróica muger de cuya mano
la espada recibió el buen caballero,
viuda ya del valiente castellano
suplicó al difunto corazon guerrero;
mostrábase entre el pueblo toledano

el favor implorando de su acero,
y en los brazos llevaba envuelto en luto
del héroe noble al inocente fruto.

Pero siempre en el mundo, como vemos,
fue costumbre llevar como llevamos
las interiores penas que tenemos
al sitio en que mas gente divisamos;
porque allí sin saber como lo hacemos
el peso unos en otros descargamos,
al reinos los unos de los otros,
mientras ellos se burlan de nosotros.

Por eso pues la gente leonesa
aunque vencida esté apesadumbrada
de hablar y de reir junta no cesa
en las estrechas calles apiñada;
olvida cada cual cuanto le pesa,
y corre al fin la voz sin verse nada
de que ya viene el moro granadino
que trajo acá la Virgen del Camino.

Cuéntase por mil partes el deseo
que de ser buen cristiano su alma llena;
háblase á voz en grito de himeneo,
y no se que del arca y la cadena;
las campanas anuncian su batéo
y está la catedral de enhorabuena,
abriéndose las puertas del trascoro,
que ver deja el altar cual ascua de oro.

Y entre el bullicio que armaban
de las campanas al son,

en esta forma llegaban
 los que en dos filas entraban
 en solemne procesion.

Muchos cofrades primero,
 que en una mano el sombrero
 y en otra llevan las luces,
 y entre los cintos de cuero
 sendos rosarios con cruces.

Visten holgados calzones,
 jubas, calzas y capetas,
 y entre aquellos dos renglones
 van haciendo admiraciones
 sien bordadas pendonetas.

Cada cual muestra pintado
 su patronato en el fondo
 y en la primera bordado
 luce un escudo redondo
 con la Virgen del Mercado.

Del Nazareno en seguida
 tremóla izado el pendon,
 y en campo azul florecida
 sigue la imagen querida
 de la pura Concepcion.

Y tras de esas y otras varias
 cofradías que devotas
 van al son de las plegarias
 de sus muchas luminarias
 la cera cayendo á gotas:

venir se ven los maceros
 precedidos de atabales,
 que ademas de los sombreros,

armados cual caballeros
 sobrevestas visten reales;

Y sobre el peto vestido
 de terciopelo escarlata
 con galones guarnecido,
 un medallon esculpido
 con cadénillas de plata.

De punta en blanco tras ellos
 caminan ricos señores,
 bien peinados los cabellos,
 blancos guantes y en los cuellos
 golillas de regidores.

Los curas párrocos lucen
 sus mostachos con perillas,
 limpios hábitos conducen,
 y en su calzado relucen
 de plata finas evillas.

Y en el centro de estos curas,
 que van cantando oraciones,
 dos arrogantes varones
 ven las nobles fermosuras
 que coronan los balcones.

Es uno el conde de Luna,
 a cuya espalda los pages
 van luciendo su fortuna
 con bordados y plumages,
 pero sin barba ninguna.

Rapaces son muy garridos,
 que gentilmente marchando,
 como van tambien vestidos,
 con los ojos atrevidos

van á las bellas mirando.

Pero no miran las bellas
á los finos amadores
que se desojan por ellas;
livianos son los amores,
distruidas las doncellas.

Y cualquiera novedad
suele ser como juguete
que en la mas fina beldad
una pasión compromete
en sueños de vanidad.

Por eso ninguna hermosa
de su galan hace caso,
que cada cual vanidosa
con la vista deseosa
la del moro busque á caso.

Dicen que es bella figura,
y en el marchar arrogante,
y hasta es gracia en su hermosura
la enamorada dulzura
de su pálido semblante.

Con gracia lleva caidas
las becas del albornoz,
y las ropas guarnecidas
con muchas perlas crecidas
de extraordinario valor.

El gusto aprueba del moro
cada cual que le examina;
porque á mas de aquel tesoro
se ve su ropa muy fina
sobre azul bordada de oro.

Mas él tranquilo, callado,
siguiendo va su camino
con el conde su padrino,
que en su honor ha preparado
públicas fuentes de vino.

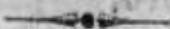
Y á su costa va la gente
de tan larga procesion,
mostrándose indiferente
con los frailes solamente;
que eran muchos en Leon.

Porque siendo realista,
cuando al rey votó dineros;
dícese que en larga lista
muchos frailes la revista
pasaron de comuneros.

Y no lo tomen á mal
que si alguno me provoca;
le diré que original
es quien habla por mi boca
Fray Prudencio Sandoval.



Entretanto de novia aderezada
la siempre triste Salomé suspira,
cual de luto, su casa está cerrada,
ninguno en ella con placer respira:
en el respaldo Candida apoyada
de su sillón dulcísima la mira,
y David y Rivera tristemente
los ojos ponen en la dulce frente.



Dav. Triste fué tu nacer, triste tu vida,
ni de una madre el delicioso alhago
ni el amor, Salomé, te dió consuelo:
bella flor entre espinos oprimida
suspiró fiel en el desierto vago,
estrella fuistes tu rota en el suelo.

Riv.^a Mas qué? Rasgó el velo
que hermosamente viste su alma pura;
flor de eterna hermosura
en el cielo será, y su amante lloro
estrella que el cenit inunde de oro.

Sal. ¡Ay! si; pero en el mundo
guardando ¡ay triste! mi dolor profundo,
y por los mustios labios
con debil risa deshaciendo agravios,
seré rosa pajiza. . .

Riv.^a También su palidez la diviniza.

Cánd.^a ¡Ay Virgen del Camino!

En que mal hora ese Alcázaba vino.

Dav. Cándida, dices bien; en mala hora;
que de nuestra piedad acariciado
hoy á llorar á todos nós condena. . .
si llora, Salomé, tu suerte llora,
maldíceme también, yo soy tu hado,
mi avaricia labró tan vil cadena.

Riv.^a Señor la copa llena
el mundo la ofreció de sus pesares,
y tristes sus cantares
al son del arpa herida publicaron
que la copa sus labios apuraron.

Sal. ¡Ay de quien ve cual veo

las antorchas arder de su himenéo,
y lejos del amante
siente latir el seno palpitante!

Victima soy, Rivera

Riv.^a ¿Subiendo un alma á la celeste esfera?

Can.^a ¡Ay Virgen del Camino!

¡Alma de moro que á matarnos vino!

Dav. Y qué ¿Pudiera ser tal sacrificio
de vuestra caridad sentida oferta
si en ambos arde del amor la llama?

Enhorabuena persigais el vicio,
y la vida lleveis penosa, incierta;
mas no hasta el punto de ceder la dama.

Riv.^a Señor, las que derrama
lágrimas de dolor mi vista inquieta
bien muestran ser tu nieta
reina y señora de la mente mia;
pero amo mas á la inmortal Maria.

Sal. ¿Y creéis por ventura
que de amor siendo madre y de ternura
la inmaculada quisó
al moro abrir del almo paraíso
las puertas con mi mano?

Riv.^a Creo deber salvar á mi tirauo.

Todos. ¡Ay! ¡Virgen del Camino!

Cand.^a cayendo de rodillas con las manos cruzadas y alzando los ojos con dolor al cielo

¿Por qué llorar nos ves tan de continuo?

Que aqui de lágrimas tiernas

todos los ojos se inundan,
que mucho rumor de lejos
y cerca despues escuchan.

Pues saliendo del bateo
del moro viene el de Luna
por mano de sus criados
moneda esparciendo mucha.

Siendo de ver cual se agolpan
y á cogerla se apresuran
unas cayendo sobre otras
cual secas mieses las turbas.

Unos pierden el sombrero,
los otros se despeluzan,
estos á puño cerrado
se acometen y se empujan.

Aquellos mas adelante
coger al vuelo procuran
las monedas y en las gorras
consiguen parar algunas.

Mas ¡Oh auri sacra fames!
que mas menguada fortuna
cabe entonces á quien piensa
que logró atrapar la suya;

pues la mano del vecino
súbito viene importuna
y echando al ayre el sombrero
le agarran, soban y achuchan:

y sacando la moneda
veinte manos de una en una
va corriendo sin endoso,
que allí la honradez es suma;

Como que hay algunos otros
que por salvar lo que juran
contra tirus y troyanos
á brazo partido luchan.

Y es entonces mucho gusto
de lejos mirar en burlas
como se chocan los puños
morenos en la disputa;

y como el mas fuerte alcanza
al que mas feliz se juzga,
y con donaire por muelas
la cuenta de un real le ajusta.

Cada cuarto cuesta un triunfo,
cada triunfo es una bulla,
cada bulla una jarana
cada jarana una turca.

Porque al fin despues que cese
la sonora escaramuza
que resuena en mas de cuatro
molletes y dentaduras;

ya verán que poco á poco
dispersándose la chusma,
como rio que se parte
en arroyos y lagunas,

mas ó menos complacidos,
así cual aves nocturnas,
unos van al bebedero
y otros se muerden las uñas.

Entretanto en los balcones
recogiendos colgaduras
riense los caballeros,

y las señoras se asustan.

Que suelen ser las mugeres
de condicion menos dura,
y se duelen del que acaso
gozoso sus males busca.

Y los hombres al contrario
de ayre fiero y alma cruda
con carcajadas aplauden
al que se rompe la nuca.

El que mejor aporrea
ya se sabe es quien mas gusta,
y al aporreado con risas
amablemente le ayudan.

Con el moro en su palacio
entra ya el Conde de Luna,
con sus muchos convidados
que en secreto le murmuran.

Y unos tras otros subiendo
las escaleras que alumbran
mucho pintados faroles
en bien talladas columnas,
en una cuadra lujosa
que de arábigas molduras
dorado el techo presenta
con blasones á las puntas,
igualmente unos tras otros
entran, andan y saludan
á la muy bella condesa
rodeada de hermosuras.

Que en esto Leon escaso
no debió de verse nunca,
si á lo presente miramos,
lo cual no es poca fortuna.

¡Cuantas veces en un baile
cien Leonesas se juntan,
sencillamente adornadas,
graciosas en su apostura,

sin que pueda el forastero
encontrar una peluca,
ni un mentido colorete,
ni una mirada confusa!

En los valles y saraos,
en el wals ó en la cachucha,
¿Qué verá que no le alhague
si por ello le preguntan?

De sarasas ó de seda
tendrá que decir sin duda,
que á la par en San Francisco
flotantes faldas circulan;

y que siendo muchas ellas
pocas son las hermosuras;
pero tantas las graciosas
que no halló fea ninguna.

Mas ¿Qué ruido en mis oídos
estrepitoso retumba?

Ventanas son que se cierran
balcones, rejas, escuchas.

Y las damas con mantones
y los galanes con plumas
se retiran y al brasero

con las dueñas se acurrucan.

Alegres se ven en tanto
que encienden luz medio á oscuras.

¡Rara cosa cuando en torno
las cosas andan tan turbias!

Mas los mozos no reparan
si en los muebles se dibujan
con el pincél de las sombras
los contornos de las brujas.

Lo que advierten es que todas
las dueñas sus manos cruzan,
y que dicen por lo bajo
mea culpa, mea culpa.

—

Hallábanse ya las calles
desiertas, solas y mudas,
sin que otro ruido se oyese
que el graznar de las lechuzas,
cuyos ojos en las torres
de las iglesias relumbran
como dos almas que gimen,
como dos hadas que turban.

Cerradas están las puertas,
si bien en las cerraduras
aun están las llaves puestas
donde hay gente de tertulia.

Cuando en su albornoz envuelto
y calada la capucha
un hombre solo se sale
del Palacio del de Luna.

Clara brilla la de Enero,
y á su luz se ve que cruza
la plazuela que del Conde
todavía se titula;

y pasando una calleja
que frente al palacio oscura
de un lado y otro aparece
como una vieja negruzca,

torció sobre la derecha
sin hallar persona alguna,
y otra vez sobre la izquierda
sin que nadie le interrumpa,

y bajando por la calle
de la Plegaria, que nunca
enteramente abandona
el claro sol ni la luna,

en la plaza desemboca
que atraviesa en derechura
hasta la casa que enfrente
del Consistorio se enluta.

Alza el aldaba y tres golpes
los que adentro están escuchan,
que son David y su nieta,
Rivera y la hermana suya,

con unos cuantos criados
que los pasos apresuran,
y que súbito al que sube
con hachas de viento alumbran,

Y al notar que viene solo
sorprendidos le preguntan
si tras del viene mas gente,

y él responde que ninguna.

Con lo cual parados todos dijéranse ¡Qué diablural!

¿A qué se ha comido el diablo los ramifletes de azúcar?

Y llevándole á una estancia, donde al viento de su angustia, apesar de veinte antorchas, diversas almas se anublan,

dejó el albornoz y solo con sus ricas vestiduras, Alcazaba sin turbante cortés y alegre saluda.

El observa como todos al verle solo se inmutan, y que con voz balbuciente la norabuena pronuncian.

Pero él lo suyo propio y lo ageno disimula, y de tomar el asiento que le aguardaba se excusa.

Salomé turbóse toda y alteradas las figuras de David y de Rivera y de Candida se mudan.

Y á la Virgen del Camino pidiendo en secreto ayuda, nuevas ánsias de sus lenguas el débil resorte añudan.

Pero el moro suspirando, con una vénia profunda,

si se habian confesado
 todos tres preguntó á un cura.

Y como este le dijese
 que absueltos ya de sus culpas
 con el altar preparado
 le aguardaban sin ventura;

de nuevo las dos bellezas
 al oirlo se atribulan,
 y hasta el valiente Rivera
 triste una lágrima enjuga.

Solo David agoviado,
 pesaroso calla y cruza
 sobre sus flacas rodillas
 las manos llenas de arrugas.

Pálido muestra el semblante;
 la mirada errante, mustia,
 erizadas las melenas
 que su ancha calva circundan.

Que en tal dolor aparece
 como una estatua que muda
 de llorar se ve cansada
 sobre el canto de una tumba.



¿ Por qué, dijo el moro, cristiana doncella -
 si se que te ahoga callando tu amor,
 vestida de novia me miras tan bella,
 tocada con flores de alegre color ?

¿ Que importa que ciñas, gallarda española
 con cingulos de oro tu talle gentil,
 si solo por fuerza tu linda aureola

me dan remojada de lágrimas mil ?

Cual todos entraste en el mundo doliente
y al ir de tu madre en el seno á llorar,
en fúnebres velos envuelta su frente
la viste al helado sepulcro bajar.

Y huérfana luego cual flor delicada
viniendo en la mano del triste Daniel,
con pena miraste á la bella Granada,
con pena llegaste del Esla al verjel.

Alli te miraron con plácido esmero
crecer florecida de fe y caridad;
mas luego en Medina rodó el caballero,
y esclava quedaste de su libertad.

Sin padre ni madre cual suele abatida
del tronco arrancada mirarse una vid,
salistes al campo de luto vestida,
el alma enlutando del viejo David.

Que alzando á los cielos la tímida frente,
lanzada en el curso del fiero corcel,
cual hoja que el viento arrebatara inclemente
caiste apurando la copa de hiel.

Mas ¡ay! del Camino la Virgen llamada
bajó enamorada de tu cristiandad
y en brazos del joven que humilde te agrada
á orillas del Esla sacó tu beldad.

Le amaste admirada de su valentia,
de su fe cristiana, de su religion,
y apenas honesta le vistes un dia
guardando tu imagen en su corazon.

Y ahora?... ¿Suspiras, cristiana doncella?
¿Salvarme quisistes ahogando tu amor?

Ay! ¿Como si triste, me miras tan bella,
tocada con flores de alegre color?

Entretanto por afuera
de aquellas macizas torres
que al oriente las murallas
de nuestra ciudad componen,
á toda rienda venian
tendidos en los arzones
de sus armados caballos
armados tambien dos hombres:

Y en esta guisa llegando
al torreón de los Ponces
hicieron alto y entraron
por un postiguillo al trote.

Y á pocos pasos que dieron
los fatigados trotones,
en la plaza se metieron
siendo ya entrada la noche:

Estaba todo en silencio,
bien cerrados los balcones,
y la luna rielando
en sus vidrios de colores.

A cuya luz uno de ellos
de buen garbo y fino porté
levantando la visera
algunas casas recorré,
y parándose al instante
que la que busca conoce
a su barbado escudero

de apearse dió la orden.

Hízolo y el caballero
leyendo á la luna el sobre
de una carta que traia
en su cinturon de bronce;

dióselo y sobre la marcha
con dos fuertísimos golpes
el escudero consigue
que á una ventana se asomen.

Que se ofrece le preguntan,
y que bajen le responden,
y uno y otro se saludan,
que ambos á dos se conocen.

Y cerrando la ventana
sin echar los pasadores,
toma una luz el criado
y anda, vuela, baja, corre.

Rodaron en fin las puertas
sobre sus mohosos gonces,
y abrazándose al instante
la carta en sus manos pone.

Con ella volvió el criado
á correr los escalones,
y en una estancia penetra
dó admirado quedó entonces.

Que ante un altar, que ilumina
pendientes de dos cordones
unas lámparas de plata,
halló á un jóven y una jóven,
que juntos y de rodillas
estando en dos almohadones

las blancas manos unian á la voz de un sacerdote.

Es la imagen que les mira la Virgen de los Dolores, que teniendo en su regazo al redentor de los hombres,

muchas veces oyó triste las sentidas oraciones de la que ya coronaba sus inocentes amores.

De rodillas el criado esperá á que se desposen, y despues que desposados los pocos plácemes se oyen

de tres personas y el cura que es fuerza de gozo lloren; á una de ellas llamó á parte, y en uno de los rincones

de aquella estancia cubierta con tapices de colores, y adornada con espejos pinturas y pabellones,

prevínole y el billete subitamente entrególe, que á la luz de veinte antorchas abre, lee, dobla y esconde:

y sin dar á nadie cuenta de cuales son las razones de aquel extraño mensaje, su albornoz pide y lo pone:

Calóse bien la capucha,

perfectamente embozóse,
y al dejar la estancia, dijo,
soy con vosotros, señores.

Mas ellos de aquel criado
cuidosos toman informe,
y en pos del moro en seguida
con mayor cuidado corren.

Pero viendo que salia
reposado á los balcones,
acércanse y estas cosas
le oyeron decir á voces.

—Que Dios os guarde, Hernan Perez,
pláceme que afuer de noble,
para enmiendar tus deslizes
al combate me provoques;
pero si son tan hidalgas
cual dices tus intenciones
justo será que el trabajo
de entrar en la lid te ahorra.

Porque asi como deseas,
con título de consorte
á tu agraviada Rivera
feliz saluda esta noche.

—Pues en mi nombre decildes
Hernan Perez le responde,
que mil años norabuena
gozándose, me perdonen—

Y diciéndole Alcázaba
que asi lo haria en su nombre,
de arriba á bajo cruzaron
las gracias y los a-dioses.

Y despues que se perdieron
los armados al galope,
muy reposado el padrino
tornó á cerrar los balcones.



CONCLUSION.

Pasaron en alegres sérénatas
y bailes y festines y cazatas
muchos dias despues tan presurotos,
que al gozar los esposos
de su virtud á par y su hermosura,
de su rara ventura
á darse justa cuenta no acertaban.

¡Tanto el placer en ellos extrañaban!

Ora solos salian
y el campo alegre de Leon corrían,
libres la vista al cielo levantando,
y su luz espaciosa devorando;
ya en redondos overos,
cabalgando con ricos caballeros,
á cinco leguas de Leon partían,
y la orilla del Esca recorrían,
gozosos departiendo,
y á la Virgen al paso bendiciendo.

Alli por la llanura
de ceñidor sirviendo á su cintura
el brazo de su bella
las flores de los prados atropella,
en su bridon Rivera galopando,
al árabe felice remedando;
ó bien á la ligera

los gimnásticos juegos que Rivera aprendió de Zulema encantadora ejecuta en honor de su señora; que tímida entretanto á medias goza de su dulce encanto.

Mas ¡ay! que mientras ellos coronaban de mirto sus cabellos, mostrándose á la luz que los inflama feliz amante y complacida dama; ora del fuerte roble al pie sentados en la campestre casa enamorados; ó ya el sitio buscando, en que primero á la luz de aquel roto candelero sus amores purísimos brillaron, ¡Ay! Que de penas otros devoraron!

Candida humilde, sola, resignada, en la nocturna sombra dibujada la faz del moro con tristeza via; y el moro enflaquecía soñando triste con las trenzas de oro,

¡Magnífico tesoro que dado verá pronto á la tigera la hermosa imagen que Leon venera, cual verde yerba que agostó el verano! Que en vano; ¡ay triste! en vano su amor manifestó el astuto moro, que á su sentido lloro es tarde, es tarde, Candida responde, y entre ambas manos el semblante esconde.

Y solo, siempre solo, apesarado, melancólico en pos y resignado,

un día vió lucir claro en el cielo,
 que envuelta en casto velo
 en el entraba Candida inocente.
 Dobló al pesar la frente
 como africana palma el granadino,
 y sirviendo á la Virgen del Camino
 en su recinto santo,
 penitente subió al celeste encanto.

David que un tiempo fuera
 de Salomé verdugo y de Rivera,
 cuando apretó avariento
 el dogal á su puro sentimiento
 á enloquecer volvía,
 que la sombra del moro le seguía
 y á la inocente Candida miraba
 que de su fin temprano le acusaba.
 Porque sagaz el redomado viejo
 triunfó de la infeliz con su consejo
 el mismo día, en que lavó en la fuente
 del bautismo las culpas de su frente
 el mudejar, que herido,
 ufano de su amor dejó prendido
 el borrascoso fuego en la doncella,
 que pálida espiró virgen y bella.

Por eso en el espejo
 no se que signo un día notó el viejo,
 que su próxima muerte le anunciaba,
 que el ya perdido nombre de Alcazaba,
 á gritos por su casa repitiendo,
 su criminal temor fue descubriendo.
 De su funesta casa

la gente en vano á consolarle pasa,
que loco, enfurecido,
en el cuarto en que el moro habia vivido
entró, cerró la puerta de repente,
y en el balcon de oriente
se apoyó de sudor todo bañado.
Estaba ya el cenit casi enlutado,
y en sus tranquilas alas por el viento
el *Angelus* llegó desde un convento
al son de la campana que tañida
vibró en el alma y desgarró su herida.

Entonces ¡Pobre loco!
cual buscando el origen de un sonido
á la enferma razon desconocido,
las yemas de sus dedos poco á poco
del balcon en los vidrios agitaba,
y de pies á cabeza retemblaba.
Y luego se reia,
y vueltas daba; y otro soy decia,
por el balcon las ropas arrojando,
y los vidrios y muebles quebrantando,

En fin la Parca impia
disfrazada de fiebre llegó un dia,
y en sus ardientes brazos
soltó del viejo los mortales lazos.

Solo Rivera y Salomé dichosos
ni envidiados vivieron ni envidiosos
del Camino en la Virgen adorando,
su virtud en sus hijos dilatando,
y en su templo dejando á la memoria
la para causa de mi triste historia.



Lector ¡Ojalá sea
 tan agradable y útil cual desea
 el fino afecto que tu bien me inspira!
 Que entonces de mi lira
 á tu placer templada
 la sonora cuerda enamorada
 llenará de armonia el vago viento,
 de rosas adornando el instrumento,
 Que yo en el mundo solo, abandonado
 solo tambien de flores coronado
 alzarme ansío al espacioso cielo,
 y allí con llanto fecundar tu suelo.



Ea pues inmortal reina y Señora,
 mas que de hojas abril de gracias llena,
 palacio de la luz que el orbe dora,
 tesoro que en placer puro enagena;
 yo á tus plantas mi cítara cantora
 rindo agotada la fecunda vena;
 Virgen Madre de Dios, no me abandones,
 ¡Cuan dulce es respirar tus ilusiones!

¡Cuan dulce al bardo errante es á la orilla
 de tu fuente de amor llegar sediento,
 y en grata soledad con voz sencilla
 templar su ardor enamorando el viento!
 ¿Quién como tu, paloma sin mançilla,
 que en el trono de Dios hizo su asiento,
 quien como tu pudiera en mis dolores
 ceñir mi sien de perfumadas flores?

Tu del jenuo eres astro prepotente,

guirnalda viva de la gaya esciencia,
de la voz del Señor lengua elocuente,
de su divino ser flotante esencia:
sin ti va en sombras la dotada mente,
sin flores el trovar en su cadencia;
la voz del hombre cual rumor lejano,
que sordo agita el corazon mundano.

¡Oh! vuelve, vuelve á mi Virgen, Maria,
esos tus ojos de ternura llenos;
y al nombre de Jesus de su alegria
cual rota luz me perderé en los senos:
Por ti, Señora, un dia y otro dia
llanto puro de amor vierten los buenos;
por ti á la gloria alzado me imagino
¡Virgen, cantando, Virgen del Camino!



SEÑORES SUSCRITORES

À LA BOUTIQUE TRUILLADA

¡Virgen del Camino!



LEON.

D. Antonio Ocon, (por doce ejemplares.)

D.^a Felipa de Santiago.

D.^a Eustasia F. Sautiago.

D.^a Maria F. Santiago.

D. Laureano Bolaños.

} familia del autor.

Don Antonio Jorge Chalanzon.

don Cayetano Fernandez.

don Felipe Alonso Duque.

don Juan Genaro de Dios.

don Manuel Gonzalez Luna.

don Manuel Nieto Imaz.

don Manuel Queipo de Llano.

don Melquiades Balbuena.

don Antonio Chalanzon.

don Lamberto Janet.

don Antonio Calvito.

don Gaspár Solis.

don Rafaél Morete.

don Isidoro Argüello, (por dos ejemplares.)

don Fernando Gutiérrez.

don Teodoro Marcós.

D.^a Maria Diez de Chalanzon.

don Manuel Rodriguez Palencia

don Francisco Diez Prieto.

don Isidro Llamazares.

don Felix de Robles.

D.^a Mariana Venera.

don Manuel Benitez.

don Carlos Bardón, Párroco
de Valverde del camino.

don Mateo Cabero.

don Leandro Escobar.

don Baldomero Hidalgo.

don Luis Ordoñez.

don Gabriel Alvarez, (por dos ejemplares.)

don Juan Lenoble.

don Baltasar Diez.

don Blas Puento, y don Santos
Alaiz.

don Andrés Gutierrez.

don Nicolás Regueral.

don Francisco Miñon.

don Pedro Hidalgo.

don Ricardo Mora y Varona.

doña Felicia Duque.

don Angel Cid Conde.

don Primitivo Bravo.

Don Juan García, Párroco de
la Pola de Gordon.

don Faustino Rodriguez.

don Felipe Ordás y Diez, Pár-
roco de Geras de Gordon.

don Felipe Rodriguez

don Mariano Galaa

Sr. Comandante de Carabineros.

don Toribio Llamazares.

don Antonio Uriarte:

don Trifon Garcia.

don Andres Barrios.

don Mariano Lafuente.

don Carlos de Pablos.

don Agustin Rodriguez.

don Pablo Florez.

don Sotero Rico.

don José Cuadrado.

don Matias Gusita.

don Gaspár Calzada.

don Bernardino Moran.

don Juan Salon.

don Máximo Fernandez.

PONFERRADA.

D. Vicente A. Agosti.

don Ramon Valcarce Armesto.

don Pedro Pombriego.

don Benito Perez Tapia.

don Antonio Vereá.

don Isidro Rueda.

don Juan Valcarce Martinez.

don Venancio Varela.

don Camilo Gavilanes.

don Ramon Vazquez.

don José Perez Castro.

don Antonio Barbeito.

don Manuel Criado Ferrer.

don Antonio Quiñones.

don Antonio Valdes.

don Miguel Grandizo.

don Diego Gonzalez.

Otros dos señores, cuyo nom-
bre no nos fue remitido.

ASTORGA.

D. Pedro Nuñez.

don Manuel Nunez.

Sra. D.^a M.^a Josefa Nuñez.

don Carlos de Haro Laforga.

don Antonio Benito Peña.

don Vicente Oblanca.

don Evaristo Blanco.

don Ignacio Silva.

don José Benavides Blanco.

don Juan Manuel Calzada.

don Manuel Rodriguez Iglesias.

don Antonio M.^a Martinez.

don Eusebio Martinez.

SAHAGUN.

D. Eugenio Conde.

don Niceto Nuñez.

don José M.^a Collantes.

don Jose Chatel.

don Rogelio Calderon.

don Juan Antonio del Corral.

don Valentin Ruiz.

don José M.^a Mendez.

don Juan Conde.

don Bernardino Soto.

don Santiago Ruiz.

VALDERAS.

D. Manuel Gonzalez Baquero.

don Manuel Robledo

don Pablo Solis

don Gregorio Gonzalez.

don Angel Diez, (por cuatro
ejemplares.)

VILLAMAÑAN.

D. Pedro Amuzara.

don Bernardo Malagon.

don Atilano Rodriguez.

VALENCIA DE D. JUAN.

MADRID.

D. Felipe Miñambres. (por tres ejemplares.)

VILLAFRANCA.

D. José Soto Vega.
don José Corrales de Castro.

OVIEDO.

D. Pedro Benito Valdes.
don Gavino Longoria.
don Felipe Polo.

GIJÓN.

D. Bernardo Cros. (por dos ejemplares.)

LUGO.

D. J. Ramon Gancio. (por tres ejemplares.)

MONFORTE

D. Froylan Vella.

BARCELONA.

D. Ignacio Estivill. (por dos ejemplares.)

El Instituto Español.
Sr. Marques. de Sauli. (su presidente.)

Sr. Secretario del Instituto.
D. Basilio Sebastian Castellanos
don Antonio del Riego.
don José Ordas de Avceilla.
don Modesto Lafuente, Fr Gerundio.

don Francisco Gonzalez Burgos
don José de la Pena y Aguayo.
don Julian Romea
don Carlos Latorre.

don Miguel Agustín Principe.
don Agustín Azeona
don José Posada Herrera.

don Ramon de Campoamor.
don Francisco Navarro Vilhoslada.

don Juan Eugenio Harcembusch
don Juan Martinez Villergas.
don Wenceslao Ayguals de Yzco.
don Vicente Castello.

Sr. Horan. Marques de la Tabuerniga.



VILLENA DE B. 1077

D. Felipe Mendonça (por
sus servicios)

VILLAFRANCA

D. Juan de los Rios
don Juan de los Rios

OLIVERO

D. Pedro de los Rios
don Pedro de los Rios
don Felipe de los Rios

OLIVERA

D. Juan de los Rios (por los
servicios)

OLIVERA

D. Juan de los Rios (por
sus servicios)

OLIVERA

D. Juan de los Rios
don Juan de los Rios

OLIVERA

D. Juan de los Rios (por los
servicios)

VILLAFRANCA

D. Juan de los Rios
don Juan de los Rios

D. Juan de los Rios
don Juan de los Rios

D. Juan de los Rios
don Juan de los Rios

D. Juan de los Rios
don Juan de los Rios

D. Juan de los Rios
don Juan de los Rios

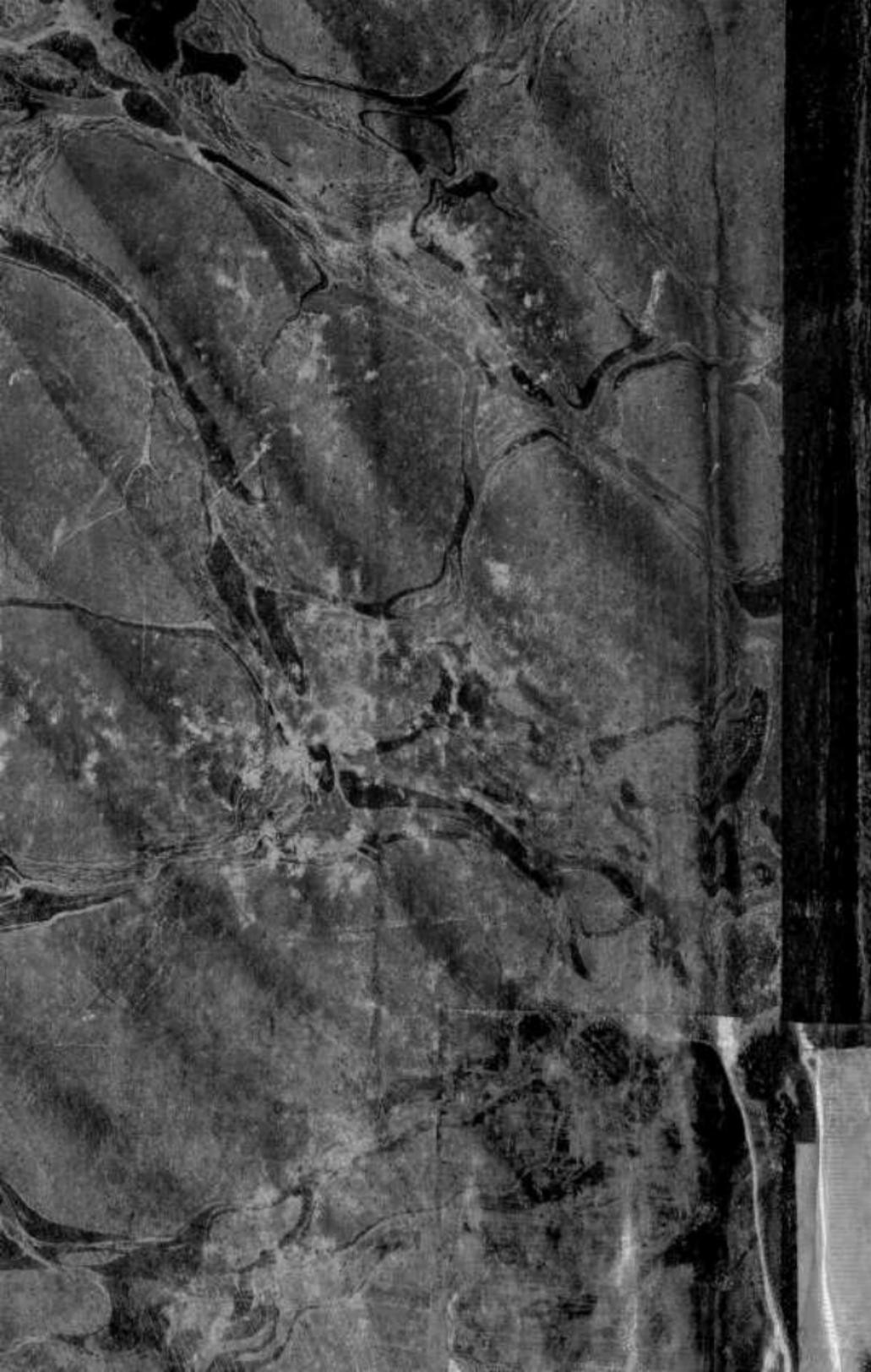
D. Juan de los Rios
don Juan de los Rios

D. Juan de los Rios
don Juan de los Rios

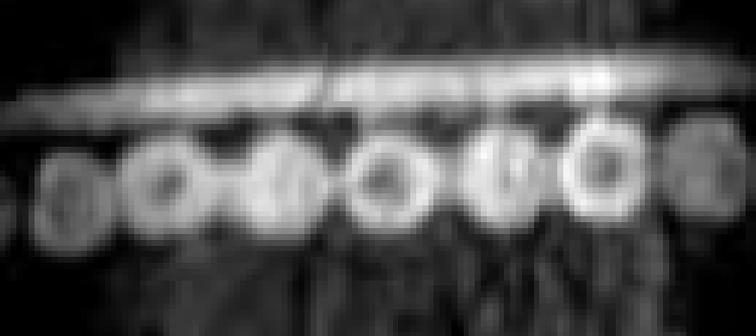
D. Juan de los Rios
don Juan de los Rios







252525



VIRGEN
DEL
CAMINO.



25252

